

La Segunda Epístola de Juan

Adrien LADRIERRE

biblicom.org

Llama la atención que esta Epístola, tan valiosa a pesar de su brevedad, no se dirija a una asamblea, ni siquiera a un siervo de Dios, ocupado en la obra, sino a una dama. El Espíritu de Dios ha querido mostrar que las recomendaciones y exhortaciones del Señor se dirigen a cada uno de nosotros individualmente, y que colocan a la mujer a quien pertenece el pudor (cada uno de nosotros lo sabe, pero hoy en día se olvida con demasiada frecuencia) en una posición de responsabilidad respecto a la verdad y al error. Y no sólo en el caso de los hermanos; también cada hermana es responsable.

Por eso es importante considerar lo que nos enseña esta Epístola.

Tres cosas se presentan especialmente y se repiten con frecuencia en los escritos del apóstol: la verdad, el amor y la obediencia; están íntimamente ligadas; no se pueden separar; se deducen, por así decirlo, y dependen unas de otras.

Juan se dirigía a una persona cristiana, a una persona que estaba en relación con hijos de Dios. Creo que todos nosotros, o al menos la gran mayoría de los aquí presentes, nos encontramos en esa situación, y sabemos que somos hijos de Dios. Es un inmenso privilegio, no sólo saber que somos perdonados, sino saber de manera consciente y firme que somos hijos de Dios. Esto es infinitamente más que la relación de la criatura con el Creador, pues es una relación profunda que resulta de la obra del Señor Jesús. Y no es sólo una obra de perdón, que tiene el efecto de quitar la carga de nuestros pecados; sino una obra que nos lleva a la misma relación que el Señor Jesús con su Padre. Por eso dice Juan en la Primera Epístola, capítulo 2: «Os escribo, hijitos, porque os han sido perdonados los pecados a causa de su nombre» (v. 12). A continuación, el apóstol se dirige a tres clases de cristianos: los jóvenes, los niños y los padres. Pero lo que se dijo a los niños pequeños fue que conocían al Padre. Es privilegio del más pequeño hijo de Dios gozar de la relación con Dios como Padre.

Pues bien, es a los niños a quienes habla la Segunda Epístola de Juan, a los que saben que sus pecados les son perdonados. Para ellos se mencionan las tres cosas antes mencionadas, a las que deben estar atentos.

Han surgido seductores, hombres que no buscan la gloria de Dios; el apóstol exhorta a la señora elegida y a sus hijos a no saludar a tales hombres, a no recibirlos en sus casas, no sea que participen de sus malas obras. No se trata del mundo y de los hombres del mundo, sino de un mal que ha surgido en la Iglesia, que sube como una marea de falsas doctrinas, de invenciones humanas, en lugar de la Palabra de Dios. Y sabemos hasta qué punto esto es así en nuestros días. Separarnos de todo

esto, no tener ninguna relación con estos hombres, para no participar de sus malas obras, es lo que nos importa. Y para ello son absolutamente necesarias estas tres cosas: verdad, amor y obediencia.

Verdad; ¡cuántas veces aparece esta palabra en los tres primeros versículos de esta Epístola! ¿Qué es la verdad? Es conocer las cosas como realmente son a los ojos de Dios. ¿Cómo podemos llegar a este conocimiento? No por nuestras propias mentes, ciertamente; no por los razonamientos de la ciencia y la inteligencia humanas; sino sólo por Dios, sólo por la luz de Dios. ¿Y dónde encontraré la verdad? Dios no ha querido dejarnos en la ignorancia, ni hacer que este conocimiento sea tan elevado que sólo los sabios puedan alcanzarlo. Al contrario, está al alcance de los más pequeños, de los más débiles. Ha tomado cuerpo, un cuerpo humano, en la persona del Señor Jesús que vino a esta tierra. Él mismo dijo: «Yo soy... la verdad» (Juan 14:6); si conozco a Jesús, entonces conozco la verdad; pero se trata de un conocimiento íntimo, real, profundo, un conocimiento que sólo podemos adquirir en la Palabra de Dios, donde Dios nos hace conocer al Señor Jesús.

Cada uno de nosotros, el más pequeño hijo de Dios, tiene el privilegio de conocer la verdad, aunque no en toda su extensión; sin embargo, la poseemos. Conocer a Jesús como Salvador es el secreto para llegar al conocimiento de la verdad. Ah, esto no requiere un largo estudio; sólo tenemos que ir a la cruz donde todo el amor del corazón de Dios se reveló en Jesús. La santidad y la justicia, estas dos características de Dios, se muestran en la obra de Jesús en la cruz. Pero es sobre todo en la cruz donde conozco el amor del Padre, ese amor insondable que entregó a su propio Hijo para que tuviéramos paz por su sangre, y para que pudiéramos decir a Dios: Padre.

Hay una cosa más: la verdad, esta luz preciosa de Cristo, nos hace conocer lo que es el hombre. Todos los libros de los hombres, todas las máximas de la moral, por sabias, por perfectas que parezcan, no pueden revelarnos el corazón del hombre, nuestro corazón, como lo hace la Palabra de Dios. Esta luz brillante, que penetra por todas partes, nos da a conocer toda la amplitud de nuestro pecado, toda la profundidad de nuestra ruina. La verdad, Cristo, nos revela a Dios y nos revela a nosotros mismos. Pedro, cuando Jesús lo encontró pescando por primera vez en el lago de Genesaret, y le hizo hacer una pesca milagrosa, cayó de rodillas asustado, diciendo: «¡Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador!» (Lucas 5:8). Así aprende a conocer a Dios y a conocerse a sí mismo; aprende tanto la verdad sobre Dios como sobre sí mismo.

Pero, de nuevo, la verdad sobre el mundo, ¿quién nos la dará a conocer? Jesucristo.

El mundo ha mostrado todo su odio hacia él crucificándolo; por eso Dios considera al mundo como una cosa condenada que espera el juicio que ha merecido.

La verdad, por tanto, me hace conocer a Dios, a mí mismo y al mundo. Al conocer a Jesús, tenemos este conocimiento. Si, pues, hemos sido traídos a los pies del Señor como pecadores arruinados; si hemos visto la justicia y la santidad de Dios en la cruz; si hemos descubierto que esta obra es para nosotros, para cada uno individualmente, si, por una parte, hemos vislumbrado todo el amor de Dios por nosotros y toda la enemistad, el horrible estado moral del mundo, por otra parte, entonces una cosa es puesta en nuestros corazones por el Espíritu Santo: es el amor. Sí, el amor es la consecuencia natural de la verdad cuando es conocida en realidad por el alma.

Cuando hemos visto este amor por nosotros, miserables pecadores, lo que sucede es que amamos a Jesús en retorno, porque él nos amó primero. Sólo entonces podemos amarle de verdad. Cuando los dos discípulos fueron a Emaús, su corazón se entristeció; ¿por qué? Porque habían perdido de vista la verdad, es decir, las palabras del Señor Jesús, que al tercer día resucitaría. Pero cuando Jesús les habló de las cosas que los profetas habían predicho, sus corazones ardieron dentro de ellos. La verdad tenía ahora todo su poder sobre sus corazones. La verdad no es una luz fría que no difunde calor a su alrededor; es un sol ardiente que calienta poderosamente.

Queridos amigos, ¿conocemos este amor al que nos conduce la verdad? ¿Conocemos algo de aquel corazón que ardía en el interior de los dos discípulos? «Tú sabes que te quiero» (Juan 21:17), dijo Pedro al Señor cuando se lo preguntó tres veces; y ¿conocemos nosotros a Jesús, de modo que podamos decirle, por débil que sea nuestro corazón: Tú que lo sabes todo, sabes que contiene algo para ti. El amor no puede separarse de la verdad, recordémoslo.

Si tengo un amigo, lo amo tal como es, tal como lo conozco, y cuanto más lo amo, más deseo conocerlo. Así debe ser con el Señor Jesús; amémosle de tal manera que no abandonemos ninguna de las verdades que su carácter nos ha revelado; amémosle con un amor real, como real es su amor por nosotros.

Una tercera cosa se desprende de las dos primeras: es la *obediencia*. El amor al Señor Jesús no se manifiesta en arrebatos de ternura, ni en grandes transportes, sino en la obediencia a sus mandamientos. Estos no son los mandamientos de la ley, que fueron pronunciados en el Sinaí; eran para un pueblo terrenal. Lo que se nos manda hacer es caminar como él caminó en la tierra, seguir su preciosa Palabra en todos los puntos. La obediencia no consiste en seleccionar de su Palabra lo que nos conviene;

en decir: esto lo haré; aquello es menos importante; lo haré con menos cuidado. No, todo lo que Dios manda es igualmente importante. Si Dios habla de nuestro estado pecaminoso por naturaleza, y de la obra que costó sacarnos de él; si habla de sus eternos designios de amor para con nosotros, y del Señor Jesús, que los cumplió plenamente; si habla de nuestra responsabilidad presente, y de nuestra gloria futura, todo tiene la misma importancia. No tenemos que decir: esto es importante, aquello es secundario. La verdadera obediencia consiste en conformarse en todo al deseo de nuestro Maestro. No consiste sólo en no hacer lo que está prohibido, sino en hacer lo que se nos enseña. Todos los mandamientos de Dios son igualmente preciosos y divinos.

En cuanto a nuestra salvación, en cuanto a nuestra relación con Dios, en cuanto a nuestro caminar en medio de una generación perversa, en separación de todo mal, todo forma parte de su mandamiento. Se nos dice que nos amemos unos a otros, que no descuidemos la recolección de nosotros mismos, que no nos inquietemos por ninguna preocupación material; todas estas cosas son mandamientos suyos. Nada es sin importancia o de menor valor entre estas instrucciones de Dios; recordémoslo. En conexión con esto, encontramos la seria recomendación de no juntarse con aquellos que han abandonado el testimonio, y que aquí son llamados engañosos.

Oh, ¡cómo quisiéramos a menudo no abandonar a los que se han desviado de la verdad! Pero la Palabra de Dios es clara: «El que lo saluda, comparte sus malas obras» (2 Juan 11). Tenemos el recurso de orar por ellos, podemos ciertamente seguir amándolos. Pero, ¿es una razón, si amados hijos de Dios se han equivocado, para que yo los siga? Andar en amor y verdad, según Cristo, y no apartarme de ello, es lo que debo hacer. La obediencia es el criterio, la marca por la que se reconoce el verdadero amor. Debemos prestarle mucha atención. Que Dios nos dé a conocer y a amar cada vez más al Señor Jesús y a dar testimonio de él caminando apartados de todo lo que no se relaciona con Dios; a vivir cada vez más en la obediencia y también a saber amar en la verdad como se dice aquí.